



Catequesis de Casitas de oración (para adultos)

Semana del 8 al 14 de marzo de 2020 (DOMINGO II DE CUARESMA)

“Los que habían anunciado al Mesías ven su luz; los que tienen que anunciarlo verán antes su cruz”

1.- La Palabra de Dios:

1ª Lectura: Gen 12,1-4a: “Vocación de Abraham, padre del pueblo de Dios”

Salmo: 32,4-5.18-20.22: “Que tu misericordia venga sobre nosotros”

2ª Lectura: 2Tim 1,8b-10: “Dios llama y nos ilumina”

Evangelio: Mt 17,1-9

Monición: Esta semana la Liturgia nos presenta algunos de los misterios de nuestra Fe.

En la primera lectura vemos la luz que irradia la fe de Abrahán, quien “confiando en el Señor deja su país, su parentela y la casa de su padre, para ir a la tierra que Dios le dará, junto con su bendición y una descendencia numerosa” (Cfr. Gen 12,1-4).

Así se convertirá en el “padre de todos los creyentes”, que hemos sido llamados a recibir y a dar testimonio de “la luz de la vida y de la inmortalidad” que resplandece en el Evangelio de Cristo (2ª Lectura). El relato Evangélico de su transfiguración nos presenta la cuarta Epifanía del Señor, que es una revelación de carácter “privado”, puesto que son solamente tres personas las que asisten a ella: Pedro, Santiago y Juan, los discípulos más cercanos a Jesús quienes le acompañarán después, más de cerca, en el Huerto de los Olivos.

Prestemos mucha atención a la lectura de este pasaje del Evangelio, tratemos de ubicarnos en medio de la escena, contemplemos, también maravillados, este misterio luminoso de la vida de Jesucristo, nuestro Señor. Nos ponemos de pie, por favor.

Del Santo Evangelio Según San Mateo (Mt 17,1-9)

+++ Gloria a Ti, Señor

Seis días después, Jesús tomó consigo a Pedro, a Santiago y a su hermano Juan, y los llevó aparte a un monte alto. A la vista de ellos su aspecto cambió completamente: su cara brillaba como el sol y su ropa se volvió blanca como la luz. En seguida vieron a Moisés y Elías hablando con Jesús.

Pedro tomó la palabra y dijo a Jesús: “Señor, ¡qué bueno es que estemos aquí! Si quieres, levantaré aquí tres tiendas: una para ti, otra para Moisés y otra para Elías.”

Estaba Pedro todavía hablando cuando una nube luminosa los cubrió con su sombra y una voz que salía de la nube dijo: “¡Este es mi Hijo, el Amado; éste es mi Elegido, escúchenlo!” Al oír la voz, los discípulos se echaron al suelo, llenos de miedo. Pero Jesús se acercó, los tocó y les dijo: “Levántense, no tengan miedo.” Ellos levantaron los ojos, pero ya no vieron a nadie más que a Jesús.

Mientras bajaban del monte, Jesús les ordenó: “No hablen a nadie de esta visión hasta que el Hijo del Hombre haya resucitado de entre los muertos.”

Palabra del Señor / Gloria a ti, Señor Jesús

2.- Referencias para la mejor comprensión del Evangelio:

Seguramente nos llamará la atención que San Mateo comience un nuevo Capítulo de su Evangelio refiriéndose a lo ocurrido seis días atrás... De hecho, también Marcos (9,2) y Lucas (9,28) narran este suceso de la Transfiguración relacionándolo con ese mismo pasaje; es decir, con lo que había sucedido la semana anterior... Obviamente, no puede ser casualidad... tiene que haber un vínculo entre ambas cosas.

El capítulo 16 del Evangelio de Mateo termina contándonos que Jesús les dijo a sus discípulos que “*el hijo del hombre vendrá en la gloria de su Padre con sus ángeles, para dar a cada uno según sus obras*”. Jesús les dice esto mientras les hablaba de la necesidad del sacrificio personal, diciéndoles: “El que quiera venir en pos de mí, **niéguese a sí mismo**, tome su cruz y sígame...” (Cfr. Mt 15,24-28. Ver también Lc 9,23).

La unión de ambos pasajes se viene aclarando: Jesús les dice a todos que, seguirle, cuesta; les habla de lo que vendrá en la Parusía, y a los pocos días, les permite a tres de sus apóstoles, ver un anticipo de esa Gloria que le pertenece.

Decíamos en la monición que esta es la cuarta Epifanía del Señor, y que se trata de una revelación de carácter “privado”. Precisamente, como reforzando el carácter “privado” de esta manifestación, al bajar del “monte santo” –que la tradición de la Iglesia ha identificado como el Monte Tabor-, Jesús mismo les ordenará: “*No hablen a*



Catequesis de Casitas de oración (para adultos)

nadie de esta visión, hasta que el Hijo del Hombre haya resucitado de entre los muertos.”

Si bien San Juan, aun habiendo sido uno de los testigos de este evento, no lo relata en su Evangelio, San Pedro sí comentará esta experiencia en su segunda carta, escrita a modo de “testamento”, y dirigida aparentemente a los judíos de diferentes provincias de Asia, que se habían convertido a la Fe.

Se lo contará con estas palabras, extraídas de **2Pe 1,16-19**:

“...no hemos sacado de fábulas o de teorías inventadas lo que les hemos enseñado sobre el poder y la venida de Cristo Jesús, nuestro Señor. Con nuestros propios ojos hemos contemplado su majestad cuando recibió de Dios Padre gloria y honor. En ese momento llegó sobre él una palabra muy extraordinaria de la gloriosa Majestad: ‘Este es mi Hijo, el Amado; éste es mi Elegido.’

Nosotros mismos escuchamos esa voz venida del cielo, estando con él en el monte santo. A consecuencia de esto creemos más firmemente en el mensaje de los profetas, y deben tenerlo como una lámpara que luce en un lugar oscuro, hasta que se levante el día, y el lucero de la mañana brille en sus corazones.” **Palabra de Dios / Te alabamos, Señor**

Estos comentarios son importantes, pues vienen a reforzar el mensaje central que nos trae el Evangelio de hoy: El Padre manifiesta la Gloria de Jesús (es decir, lo glorifica) delante de sus apóstoles más cercanos, con el fin de fortalecerlos en la fe, pues pronto verán a su Maestro escarnecido, deshonrado y humillado, crucificado y por último muerto... Entonces necesitarán mucha seguridad, mucha fortaleza, para no rendirse y salir corriendo en estampida... para poder continuar su misión hacia adelante.

También nos sorprenderá, probablemente, que a pesar de haber visto Su Gloria, Pedro y Andrés lo hubiesen abandonado, al igual que los otros ocho apóstoles, justo en el momento más difícil de Su vida. En efecto, sólo Juan había permanecido relativamente cerca, pero esa es sólo otra prueba de nuestra frágil condición humana... ¡Todavía no habían recibido la Fuerza del Espíritu Santo, que les llegará recién en Pentecostés!

Sin embargo, es en la carta de Pedro donde podemos advertir la trascendental importancia que tuvo la Transfiguración del Señor para nuestra naciente Iglesia, pues le dio al primer Pontífice el poder para decir: *“No son fábulas o teorías inventadas: Nosotros hemos visto su poder, su majestad y su gloria con nuestros propios ojos, y hemos escuchado la voz del Padre reconociéndolo como el Mesías.”*

Es muy importante y significativo el hecho de que en el monte santo, se presentaran, junto a Jesús, Elías y Moisés; que fueran vistos por los tres apóstoles, y espiritualmente “reconocidos” por Pedro (aunque mentalmente no alcanzara a “comprenderlo” –como nos dice la Escritura en Marcos 9,6 y en Lucas 9,33-): En Jesús se concentran y condensan todas las **profecías** del Antiguo Testamento (representadas en esta aparición por el Profeta Elías) y toda la **Ley** (representada por Moisés). Esto viene a confirmar que Jesús es el Mesías que esperaba Israel desde el principio de su historia. ¡Él es el ungido, el Redentor, el que hará de nuevo todas las cosas!

Los tres apóstoles vivieron un anticipo del Cielo que Dios nos tiene prometido: *“¡Qué bien nos sentimos aquí!” – Dijo Pedro— “¿Por qué no les armamos tres tiendas a ustedes y aquí nos quedamos...?”* Sólo faltaba que agregara: “no importa que no haya tienda para nosotros, no importa que nuestras familias estén allí abajo, no importa nada... ¡Qué bien se está aquí! La luz, la nube, el brillo de Jesús, la voz del Padre... ¡Eso es lo único que queremos!: ¡la Gloria de Dios...!”

¡Cuántas veces nos sentimos nosotros así...! ¡Dichosos, casi plenamente realizados...! mientras estamos en un retiro espiritual, por ejemplo, al concluir una linda Misa, al terminar de rezar un Rosario con fervor... Pero después debemos “bajar del monte”, retornar a la vida diaria, y volvemos a perder el gozo, la fuerza, a menudo junto con la gracia...

El caso es que allí, en medio del monte, en un momento todo volvió a ser como antes, y para colmo de males, Jesús les ordenó que no contaran nada a nadie “¡Doble castigo!”, se acabó el gozo extraordinario y ni siquiera



Catequesis de Casitas de oración (para adultos)

podían compartir su experiencia... Pero es aquí donde vemos la clara relación entre el Evangelio de hoy y lo que había ocurrido una semana atrás: Jesús les había dicho también **“El que quiera venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame...”**, y pocos días después les permitió ver por adelantado, a tres de sus apóstoles, hacia dónde iría el que lo siguiera, el que fuera “en pos de Él”: Les concedió vivir un anticipo de la Gloria Celestial.

Aún así, sería necesaria la venida del Espíritu Santo para que ellos se fortalecieran y tuvieran por justo precio el martirio, si fuese preciso, para llegar al Cielo.

El mensaje completo es claro y contundente; lo fue para ellos (por eso los tres evangelistas unen ambos acontecimientos en su narración) y debe serlo también para nosotros: El camino es angosto; la felicidad verdadera y plena (a la que debemos aspirar), está del otro lado; no hay Tabor sin Gólgota; no hay Pascua con verdadera Resurrección, si no hay Cuaresma con verdadera Penitencia. No habrá el Cielo prometido, si no hay primero la renuncia a sí mismo y la entrega completa de uno mismo, a Dios y a los demás. Es simple de entender, pero al parecer MUY difícil de hacer.

3.- Preguntas para orientar la reflexión: *(Leer pausadamente cada inciso, y dejar un instante de silencio después de cada pregunta, para permitir la reflexión de los hermanos)*

a) ¿Entiendo claramente el concepto de “negarse a sí mismo”? ¿Medito al respecto con alguna frecuencia? ¿Procuro conscientemente ponerlo en práctica a menudo? ¿Qué tipo de acciones me conducirían a lograrlo mejor?

b) Jesús se muestra con toda su gloria... ¿Soy consciente -y siento de verdad- que la Sagrada Liturgia, los Sacramentos, la oración, la alabanza, la adoración, son manifestaciones de la Gloria del Señor? ¿Me preparo lo suficiente para vivir esos momentos con gozo?

c) Después de vivir esa Gloria, ¿“bajo del monte” para servir a mis hermanos con renovado impulso?

d) ¿Cómo vivo diariamente el misterio de Cristo Glorioso? ¿Siento gozo en mi espíritu por el triunfo de Jesús sobre el pecado y la muerte? ¿Intento contagiar ese gozo a quienes no lo sienten? ¿Cómo podría tratar de hacerlo mejor?

4.- Comentarios de los hermanos: *Luego de un momento de silencio se concederá la palabra a los integrantes de la Casita para que expresen sus opiniones, Se estimulará la participación de todos.*

5.- Concordancias del Evangelio con el Catecismo de la Iglesia Católica

444: Los evangelios narran en dos momentos solemnes, el bautismo y la transfiguración de Cristo, que la voz del Padre lo designa como su “Hijo amado” (Mt 3,17; 17,5). Jesús se designa a sí mismo como “el Hijo Único de Dios” (Jn 3,16) y afirma mediante este título su preexistencia eterna (Cfr. Jn 10,36). Pide la fe en “el Nombre del Hijo Único de Dios” (Jn 3,18). Esta confesión cristiana aparece ya en la exclamación del centurión delante de Jesús en la cruz: “Verdaderamente este hombre era Hijo de Dios” (Mc 15,39), porque es solamente en el misterio pascual donde el creyente puede alcanzar el sentido pleno del título “Hijo de Dios”.

697: La nube y la luz. Estos dos símbolos son inseparables en las manifestaciones del Espíritu Santo. Desde las teofanías del Antiguo Testamento, la Nube, unas veces oscura, otras luminosa, revela al Dios vivo y salvador, tendiendo así un velo sobre la trascendencia de su Gloria: con Moisés en la montaña del Sinaí (Cfr. Ex 24,15-18), en la Tienda de la Reunión (Cfr. Ex 33,9-10) y durante la marcha por el desierto (Cfr. Ex 40,36-38; 1Cor 10,1-2); con Salomón en la dedicación del Templo (Cfr. 1Re 8,10-12).

Pues bien, estas figuras son cumplidas por Cristo en el Espíritu Santo. Él es quien desciende sobre la Virgen María y la cubre “con su sombra” para que ella conciba y dé a luz a Jesús (Cfr. Lc 1,35). En la montaña de la Transfiguración es Él quien “vino en una nube y cubrió con su sombra” a Jesús, a Moisés y a Elías, a Pedro, Santiago y Juan, y “se oyó una voz desde la nube que decía: ‘Este es mi Hijo, mi Elegido, escúchenle’.” (Lc 9,34-35). Es, finalmente, la misma nube la que “ocultó a Jesús a los ojos” de los discípulos el día de la Ascensión (Cfr. Hech 1,9), y la que lo revelará como Hijo del hombre en su Gloria el Día de su Advenimiento (Cfr. Lc 21,27).

568: La Transfiguración de Cristo tiene por finalidad fortalecer la fe de los apóstoles ante la proximidad de la Pasión: la subida a un “monte alto” prepara la subida al Calvario. Cristo, Cabeza de la Iglesia, manifiesta lo que



Catequesis de Casitas de oración (para adultos)

su cuerpo contiene e irradia en los sacramentos: “la esperanza de la gloria” (Cfr. San León Magno, sermón 51,3).

554: A partir del día en que Pedro confesó que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios vivo... el Maestro “comenzó a mostrar a sus discípulos que Él debía ir a Jerusalén, y sufrir... y ser condenado a muerte y resucitar al tercer día”: Pedro rechazó este anuncio, los otros no lo comprendieron mejor. En este contexto se sitúa el episodio misterioso de la Transfiguración de Jesús, sobre una montaña, ante tres testigos elegidos por él: Pedro, Santiago y Juan (...)

555: Por un instante, Jesús muestra su gloria divina, confirmando así la confesión de Pedro. Muestra también que para “entrar en su gloria”, es necesario pasar por la Cruz en Jerusalén. Moisés y Elías habían visto la gloria de Dios en la Montaña; la Ley y los profetas habían anunciado los sufrimientos del Mesías. La Pasión de Jesús es la voluntad por excelencia del Padre: el Hijo actúa como siervo de Dios. La nube indica la presencia del Espíritu Santo: “Apareció toda la Trinidad: el Padre en la voz, el Hijo en el hombre, el Espíritu en la nube luminosa” (Santo Tomás de Aquino, Suma Teológica 3,45, 4, Ad 2).

En el monte te transfiguraste, Cristo Dios, y tus discípulos contemplaron tu gloria, en cuanto podían comprenderla. Así, cuando te vieses crucificado, entenderían que padecías libremente y anunciarían al mundo que tú eres en verdad el resplandor del Padre. (Liturgia bizantina, Contaquio de la Fiesta de la Transfiguración).

556: En el umbral de la vida pública se sitúa el Bautismo; en el de la Pascua, la Transfiguración. Por el Bautismo de Jesús “fue manifestado el misterio de la primera regeneración”: nuestro bautismo; la Transfiguración (por su parte) “es el sacramento de la segunda regeneración”: nuestra propia resurrección (Santo Tomás de Aquino, Suma Teológica. 3,45, 4, Ad 2).

Desde ahora nosotros participamos en la Resurrección del Señor por el Espíritu Santo, que actúa en los sacramentos del Cuerpo de Cristo. La Transfiguración nos concede una visión anticipada de la gloriosa venida de Cristo “el cual transfigurará este miserable cuerpo nuestro en un cuerpo glorioso como el suyo”. Pero ella nos recuerda también que “es necesario que pasemos por muchas tribulaciones para entrar en el Reino de Dios” (Hech 14,22): Pedro no había comprendido eso cuando deseaba vivir con Cristo en la montaña.

Te ha reservado eso, oh Pedro, para después de la muerte. Pero ahora, él mismo dice: Desciende para penar en la tierra, para servir en la tierra, para ser despreciado y crucificado en la tierra. La Vida desciende para hacerse matar; el Pan desciende para tener hambre; el Camino desciende para fatigarse andando; la Fuente desciende para sentir la sed; y tú, ¿vas a negarte a sufrir? (San Agustín, sermón 78,6).

2600: El Evangelio según San Lucas subraya la acción del Espíritu Santo y el sentido de la oración en el ministerio de Cristo. Jesús ora antes de los momentos decisivos de su misión: antes de que el Padre dé testimonio de Él en su Bautismo y de su Transfiguración, y antes de dar cumplimiento con su Pasión al designio de amor del Padre; Jesús ora también ante los momentos decisivos que van a comprometer la misión de sus apóstoles: antes de elegir y de llamar a los Doce, antes de que Pedro lo confiese como “el Cristo de Dios” y para que la fe del príncipe de los apóstoles no desfallezca ante la tentación. La oración de Jesús ante los acontecimientos de salvación que el Padre le pide que cumpla es una entrega, humilde y confiada, de su voluntad humana a la voluntad amorosa del Padre.

6.- Reflexionando con la Gran Cruzada:

CA-62 Mi Padre quiso que en Mi Transfiguración estuviesen presentes tres discípulos Míos. Entre ellos, Pedro. Y lo quiso para que fuesen Mis testigos y no olvidaran que antes del oprobio, fue el esplendor el que se manifestó en Mí. Así dejé a los Míos el recuerdo de majestad, porque debía servir para confirmación de Mi obra Divina de salvación.

Nadie Me impedía dar al pueblo, o a otras personas más sabias y más merecedoras, esta manifestación Mía, pero quise limitarme sólo a tres entre los Míos, porque antes de todo, tenía que cumplir Mi misión en el mayor ocultamiento posible.

7.- Virtud del mes: El Sacrificio (Catecismo de la Iglesia Católica: 2099—618—901—2100—1032)

Esta Semana veremos el canon 901, que dice lo siguiente:

901 “Los laicos, consagrados a Cristo y ungidos por el Espíritu Santo, están maravillosamente llamados y preparados para producir siempre los frutos más abundantes del Espíritu. En efecto, todas sus obras, oraciones,



Catequesis de Casitas de oración (para adultos)

tareas apostólicas, la vida conyugal y familiar, el trabajo diario, el descanso espiritual y corporal, si se realizan en el Espíritu, incluso las molestias de la vida, si se llevan con paciencia, todo ello se convierte en sacrificios espirituales agradables a Dios por Jesucristo, que ellos ofrecen con toda piedad a Dios Padre en la celebración de la Eucaristía uniéndolos a la ofrenda del cuerpo del Señor. De esta manera, también los laicos, como adoradores que en todas partes llevan una conducta santa, consagran el mundo mismo a Dios" (LG 34; Cf. LG 10).

Y La Gran Cruzada nos dice al respecto:

CA-86 Amar y reparar son las dos cosas completamente unidas. ¡Yo amé al hombre y reparé por él!

Así, amando a Mi Corazón, el hombre reparará por las ofensas que se Le hacen, se sacrifica y con sus sacrificios e inmolación obtiene para las almas que ofendieron a Mi Corazón, la Misericordia y el perdón. Esa alma reparadora, salva con su amor a otras almas.

Inflamadas también ellas a su vez en Mi amor, pronto sabrán inflamar, inmolarsé y seguir reparando hasta conseguir el reinado de Mi Corazón en el corazón de los hombres. Esa es la cruzada que pido por medio de la expiación y penitencia: una cruzada de amor divino que pueda, con sus sacrificios e inmolaciones, contener la Divina Justicia.

8.- Propósitos Semanales: Revisar los de la semana anterior y tomar nota:

Con el Evangelio: Imitaré al Señor en el cumplimiento de mis obligaciones, realizándolas con humildad, silencio y amor.

Con la virtud del mes: Ofreceré un sacrificio personal, en reparación por los pecados de mis parientes difuntos.

9.- Comentarios finales: *Se concede nuevamente la palabra a los hermanos para referirse brevemente a los textos leídos o a cualquier otro tema de interés para la Casita, el Apostolado o la Iglesia, en general.*